

## El viaje de Elías al monte Horeb

(1Re 19,1-13)

“Ajab contó a Jezabel todo lo que había hecho Elías y cómo había pasado a todos los profetas al filo de la espada. Jezabel envió entonces un mensajero a Elías para decirle: «Que los dioses me castiguen si mañana, a la misma hora, yo no hago con tu vida lo que tú hiciste con la de ellos». El tuvo miedo, y partió en seguida para salvar su vida. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su sirviente. Luego caminó un día entero por el desierto, y al final se sentó bajo una retama. Entonces se deseó la muerte y exclamó: «¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres!». Se acostó y se quedó dormido bajo la retama. Pero un ángel lo tocó y le dijo: «¡Levántate, come!». El miró y vio que había a su cabecera una galleta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y se acostó de nuevo. Pero el Ángel del Señor volvió otra vez, lo tocó y le dijo: «¡Levántate, come,

porque todavía te queda mucho por caminar!». Elías se levantó, comió y bebió, y fortalecido por ese alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, el Horeb”.

### El encuentro de Elías con Dios

Allí, entró en la gruta y pasó la noche. Entonces le fue dirigida la palabra del Señor. El Señor le dijo: « ¿Qué haces aquí, Elías?». El respondió: «Me consumo de celo por el Señor, el Dios de los ejércitos, porque los israelitas abandonaron tu alianza, derribaron tus altares y mataron a tus profetas con la espada. He quedado yo solo y tratan de quitarme la vida». El Señor le dijo: «Sal y quédate de pie en la montaña, delante del Señor». Y en ese momento el Señor pasaba. Sopló un viento huracanado que partía las montañas y resquebrajaba las rocas delante del Señor. Pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, hubo un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, se encendió un fuego. Pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó el rumor de una brisa suave. Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto, salió y se quedó de pie a la entrada de la gruta. Entonces le llegó una voz, que decía: « ¿Qué haces aquí, Elías?».

### El viaje

El riquísimo simbolismo del *viaje* se resume en la búsqueda de la verdad, de la paz, de la inmortalidad, en la busca y el descubrimiento de un centro espiritual. La marcha hacia el centro se expresa también por la búsqueda de la tierra prometida y por la peregrinación.

Ineludible topos de la literatura universal, el viaje, ya sea real o fantástico, de aventura o de búsqueda, de fuga o de conocimiento, reclama el deseo humano de cambio y por cierto de encontrar la verdad: se viaja porque en el fondo hay algo de inexplorado dentro de nosotros y en nuestra vida, que queremos conocer y, si es posible, modificar. El viaje expresa un profundo deseo de cambio interior, una necesidad de experiencias nuevas, quizá más que de desplazamiento local. Puede ser también una huida de sí mismo...el viaje entonces puede ser el signo y símbolo del perpetuo rechazo de sí mismo, de una distracción más que una conversión; puede ser imagen en definitiva del único viaje válido que realiza el hombre: hacia el interior de sí y hacia el reconocimiento del otro/Otro.

Quien desea alcanzar un objetivo debe ponerse en camino. Y el viaje no es algo que debe realizarse del modo más rápido posible: el *transitar por un camino* -con sus repechos y curvas, sus paisajes y eventuales cambios climáticos, con toda su riqueza- forma parte del *viaje*. No se viaja "solo por llegar". Una vez precisado el proyecto espiritual como búsqueda de la unidad en función de un absoluto puede ser Dios o la paz, la libertad, etc.- es necesario partir a la búsqueda.

Con la simbología del viaje nos enfrentamos al tema de la relación del relato y el símbolo. En realidad los relatos espirituales reenvían a símbolos que manifiestan el sentido universal del viaje. Contemplando el *viaje* de Elías por ejemplo, podemos recorrer de manera idéntica, pero teniendo en cuenta que su camino simboliza una situación imitable en su significado radical. Elías viaja y huye hacia el Horeb, lugar donde Dios manifestó sus maravillas a Moisés y al pueblo elegido en el pasado. Sin duda va en busca del fuego, de las certezas de la fe pura, del reconocimiento por parte de Dios de *su* obra y convicciones... (?): «*He quedado yo solo...*» (1Re 19,14), *pero* Dios habla de '*preservar un resto de siete mil hombres que no doblaron sus rodillas ante Baal y que no lo besaron con su bocas*' (v.18). Y más aún, deberá volver por el mismo camino hacia el desierto de Damasco: un viaje de ida y vuelta. Como todo retorno a los orígenes (en este caso de la fe), el viaje o peregrinación simboliza la renovación en la luz y en la fuerza de la gracia de los inicios (TS 213). Quien lo cumple en buena disposición se encuentra regenerado, no como una regresión al pasado, sino como un *bautismo* que abre los oídos y los ojos del corazón hacia una meta que ya tiene *gusto* al pan caliente del hogar dejado y nuevamente deseado. Toda la Revelación nos muestra al Pueblo elegido como un pueblo peregrino y errante según la experiencia de Abraham, que marcha conducido de la mano de Dios hacia la Tierra Prometida, hacia un nuevo Paraíso, hacia la vida bienaventurada, hacia la Jerusalén Celeste.

En nuestro afiche encontramos una *geografía simbólica*, constituida por una retama, un desierto



en el que el camino no está trazado, una montaña con una gruta y un cielo totalmente azul celeste con una abertura de la cual se manifiesta Dios en la brisa suave que desciende como rocío. Estos elementos sacados del mundo visible quieren ayudarnos a vislumbrar las realidades invisibles de un viaje interior. Siempre el ser humano expresa la realidad espiritual por medio del mundo material, y esta es la pedagogía que Dios mismo asume en su Revelación. Para aquel que mira religiosamente la vida, todo viaje en definitiva, por más



simple que sea, puede ser un viaje que celebre el encaminarse hacia Dios: puede ser un viaje litúrgico, es decir, una peregrinación.

El profeta Elías acostado sobre la tierra simboliza al hombre que ha perdido su dimensión vertical –la cual es un don y una conquista-. Conquista: el llegar a la montaña como símbolo de elevación y el necesario recogimiento en la entrada a la gruta como símbolo de iniciación, luego de atravesar durante cuarenta días el desierto. Un don, expresado por la brisa que cae verticalmente del cielo prefigurando la acción de Cristo (la aureola de la mano de Dios tiene una cruz, expresando de esta manera que es anticipo y figura de la obra de Cristo): *“había una mujer...no podía en modo alguno enderezarse. Al verla Jesús, la llamó, le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Y le impuso las manos. Y al instante se enderezó, y glorificaba a Dios”* (Lc 13,10-13). El azul celeste del cielo, límpido, que casi es el principal protagonista de la imagen, es una invitación, un llamado a hacer el viaje. “¡Hoy está lindo!” decimos, hoy debemos partir.

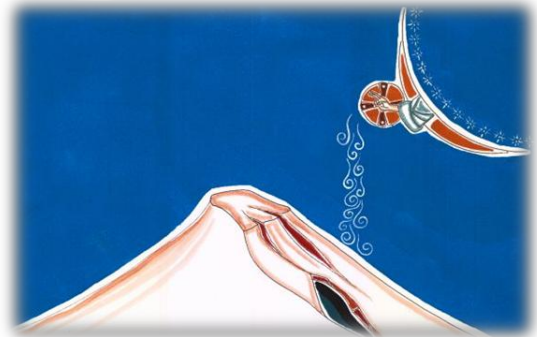
El desierto es un lugar del todo significativo en la Revelación: pertenece a la simbólica emparentada con el caos primordial del libro del Génesis: informe, ausencia total de esto que orienta o pone en relación con el espacio y con los otros: no hay camino, luz, etc. No tengo referentes, solo la experiencia de los antepasados expresada en la Escritura. Elías viaja al mismo lugar donde sus padres escucharon la voz del Señor. Es como un área vacía en la que la vida está ausente. En presencia de este caos y de las tinieblas del abismo (y del corazón) el Soplo de Dios permanece como *suspendido*, pronto para obrar, indicando la presencia activa de Dios, la misma que se desplegará en toda la Historia de la Salvación (p. Beauchamp). La misma Palabra que ordenó el caos primordial, y que hoy nos orienta en las situaciones caóticas de nuestra vida, poniendo un límite a cada cosa, para que no nos abrume la angustia. En el desarrollo de esta historia la acción del Espíritu de Dios se verá puesta en confrontación con la debilidad reticente y rebelde del hombre, con su “carne”. Esta oposición se explicita en el evangelio de Juan: “lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu” (Jn 3,6). Excepto Dios, todo es carne, expresando de esta manera la caducidad del hombre, su fundamental debilidad, como la caducidad de la hierba que hoy crece y mañana se marchita (Is 40,6). Cristo se someterá a esta ley de caducidad,

de la humildad, de errancia y de la muerte: "...el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Mt 8,20).

Ahora bien, por medio del 'viaje del Hijo' donado por el Padre, el amor de Dios ha traspasado los espacios infinitos que lo separan de su criatura el hombre, que separan al Espíritu de la carne; a su vez, la secreta "atracción" de la gracia y de la verdad, y la potencia regeneradora del Espíritu, dan al hombre la capacidad de responder a la solicitud divina, de ir al Padre mediante la fe en el Hijo, de morar y vivir en él. "Si tú vuelves, yo te haré volver, tú estarás de pie delante de mí" (Jer. 15,19)

La simbolización esencial a partir de esto mira a la oposición entre la pesantez terrestre - como Elías acostado en la tierra árida, casi como una hierba seca-, y a su vez la atracción celeste hacia la cual el alma, movida por el Espíritu Santo tiende con todas sus fuerzas, es expresada por la imagen aérea y celeste de la brisa y el soplo.

Con el relato del viaje del profeta Elías al monte Horeb y con la imagen del afiche se nos ofrece la posibilidad de realizar un viaje *figurado*, un medio mucho más accesible y menos oneroso que el viaje real. El ser humano siente la necesidad de representar las diversas etapas de su viaje y los peligros o dificultades que le esperan. Esta especie de "geografía simbólica" corresponde a una necesidad inherente a la naturaleza humana de escrutar lo invisible con la ayuda de expresiones sacadas del mundo visible, de imaginar los propios itinerarios espirituales a partir de itinerarios ficticios, pero concebidos como sensibles y terrestres (Campeaux-Sterckx). La aventura espiritual requiere -más que cualquier otra-, por la gravedad de su carácter irreversible, la trasposición tranquilizante en el espacio por medio de imágenes y símbolos. Un ejemplo de esto lo vemos en la pared que va detrás del altar en nuestras iglesias (el ábside) cumplen ese rol: nos muestran (deberían) la meta de nuestra peregrinación mientras participamos del pan que nos fortalece para retomar un camino que, en sí, supera nuestras fuerzas, pero es una gracia de Aquel que se ha hecho justamente *el Camino* (Jn 14,6) y el pan que reanima y fortalece: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo».



El profeta Elías está asociado al elemento fuego, así el libro del Eclesiástico: "Después surgió como un fuego el profeta Elías, su palabra quemaba como una antorcha. (...) y también hizo caer tres veces fuego de lo alto. (...), tú fuiste arrebatado en un torbellino de fuego por un carro con caballos de fuego (Eclo. 48,1;3;9). El fuego "como el sol por sus rayos, el fuego por sus llamas simboliza la acción fecundante, purificadora e iluminadora.

Pero presenta también un aspecto negativo: obscurece y sofoca por su humo; quema, devora destruye: el fuego de las pasiones, del castigo, de la guerra" (J. Chevalier). La culminación del viaje de Elías estará expresada por elemento aire en cuanto brisa suave, complementando al elemento fuego, en una especie de desposorio que revela un misterio aún mayor. Este elemento aéreo es la expresión simbólica y en imagen de lo que el alma misma entraña de más fuerte y más divino en lo profundo de sus energías oscuras y que no cesa de ofrecérsela a ella: el Soplo creador mismo. Retomando la cita del profeta Jeremías: "*Si tú vuelves, yo te haré volver, tú estarás de pie delante de mí, si separas lo precioso de la escoria, tú serás como mi boca*" (Jer. 15,19). En esa exigente y hermosa tarea de sacar lo precioso de la escoria, desde lo más profundo de sus energías oscuras, su mismo aliento hará de nuestros labios, de nuestra enseñanza y predicación la misma boca del Señor. Como no evocar al profeta del cual el mismo Señor dijo: "*les aseguro que Elías ya ha venido, y no lo han reconocido, sino que hicieron con él lo que quisieron. Y también harán padecer al Hijo del hombre*". Los discípulos comprendieron entonces que Jesús se refería a Juan el Bautista" (Mt 17,11-13). Quiero dejar paso a un comentario que es una maravilla y expresa son símbolos lo que estamos reflexionando:



*"Como el canto (grito) del gallo, heraldo de la luz, golpea el oído, así la lámpara que nos alumbramos golpea al ojo; Escritura y voz tienen las mismas funciones complementarias. La lámpara y el gallo no son sino que uno, al igual que Elías y Juan. Por su grito, el gallo nos fuerza a entender; él es así la imagen de Aquel que nos despierta. Y la lámpara, alumbrando, es el símbolo de la luz de Aquel que nos ilumina. Ambos disipan las tinieblas; ellos son la imagen del Padre y del Hijo, porque ellos han aplastado la maldad; la imagen incluso de los profetas y de los apóstoles, porque, de una parte y de otra, el sol prevaleció. El fuego que arde en la boca de Juan es la imagen de Elías; por su lengua él hace arder a los malvados y engrandece la sed, como si él privara de agua por el ardor de su palabra. El gallo, que canta en el silencio de la noche, es la imagen de Juan, que predica en el silencio del desierto. Pero, cuando encendemos la lámpara, a la tarde, no escuchamos al gallo; él no canta sino por la mañana. En Juan se reencuentran simbólicamente la voz de la mañana y la lámpara de la tarde, testimoniando el regreso de Elías. La voz es aquella de Juan, pero la palabra que pasa por la voz, es Nuestro Señor. La voz los ha despertado, la voz ha clamado y los ha reunido, y el Verbo les ha distribuido sus dones", San Efrén (Éphrem de Nisibe, Commentaire de l'évangile concordant ou Diatessaron, III, 13-15; SCh N° 121, Paris 1966).*

**«Que los dioses me castiguen si mañana, a la misma hora, yo no hago con tu vida lo que tú hiciste con la de ellos». El tuvo miedo, y partió en seguida para salvar su vida.**

Al profeta le dan veinticuatro horas, le dan una ventaja. Obviamente no se atreven a matarlo de lo contrario ya lo habrían hecho, sin mandarle mensajero, lo cual indica que él también... 'metió miedo'. Surge en Elías un *miedo mortal*. Recordemos el episodio cuando le dicen a Jesús que Herodes quiere matarlo:

"En ese momento se acercaron algunos fariseos que le dijeron: «Aléjate de aquí, porque Herodes quiere matarte». El les respondió: «Vayan a decir a ese zorro: hoy y mañana expulso a los demonios y realizo curaciones, y al tercer día habré terminado. Pero debo seguir mi camino hoy, mañana y pasado, porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc 13,31-33).

Jesús está en camino hacia Jerusalén, no ha llegado su hora, hará lo que tiene que hacer y no teme. Debe llegar a la montaña santa –Jerusalén/Gólgota–. Herodes es un 'zorro', es decir está en/tiene su madriguera, Jesús en cambio está a la intemperie realizando la obra que Dios le encomienda: no tiene donde reclinar la cabeza. Ha asumido la condición errante de Caín: "*andarás por la tierra errante y vagabundo*" (Gn 4,12). Éste en contra de esta condición, "*alejándose de la presencia del Señor*" (4,16) y no aceptando la palabra y juramento de Dios de protegerlo (v.15), se construye una ciudad como refugio (Gn 4,15-17), manifestando de esta manera la no aceptación de su condición errante, es decir: saberse vulnerable pero confiar en Dios. Abraham será llamado a dejar todo y aceptar esta condición y de encaminarse hacia donde Dios lo encamine, sin saber a dónde (Gn 12,1). Jesús debe seguir su camino '*hoy, mañana y pasado*'. Ese hoy y ese mañana es la jornada de liberación del mal, de curación y anuncio del Reino, incluida su muerte, pasado mañana termina su obra en la Pascua. No teme. Él es nuestra jornada, su *triduo pascual* es nuestra jornada: "No teman" (Mt 28, 10). Es el '*plus*' de los cuarenta días de la Cuaresma, del camino en el desierto de la vida que supera nuestras fuerzas...

**Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su sirviente. Luego caminó un día entero por el desierto, y al final se sentó bajo una retama. Entonces se deseó la muerte y exclamó: «¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres!».**

Berseba: ciudad y desierto de Berseba, del todo emblemática en las vicisitudes de nuestros padres por la tierra prometida. Cuando Abraham despide a Agar la esclava con su hijo ésta "anduvo errante por el desierto de Berseba" (Gn 21,14), y al acabarse el agua, confía el niño a un 'arbusto' esperando la muerte, casi como lo hace Elías con la retama. "Dios le abrió los ojos, y ella divisó un pozo de agua. Fue entonces a llenar el odre con agua y dio de beber al niño" (21,19). También Abraham deja Berseba y a los servidores para subir al monte Moira donde sacrificar a Isaac (Gn 22,5), y de regreso se une a los servidores para volver a Berseba (v.19), la ciudad del "Juramento". Jacob deja Berseba para llegar a Jarán y hacer noche ahí. Se confía a una piedra como almohada acostado sobre la tierra que Dios dará a su descendencia (Gn 28,10-13). Así como Moisés se aventura más allá del desierto (Ex 3) para encontrar la zarza ardiente donde Dios se le revela, nuestros padres dejan también

Berseba, lugar de los juramentos humanos, alianzas humanas para abrirse a la Alianza providente del Señor, y el paisaje del cual Dios se vale además del desierto, son los arbustos, pozos ocultos y disputados por pactos humanos. Arbustos y retamas, vegetación acogedora y materna del desierto en un espacio desolador. Es Dios el que alimenta y cuida de su profeta, él es el pozo oculto del desierto y se manifiesta en nuestros límites. Y esto es bello:

—El desierto es bello —añadió el principito. Era verdad; siempre me ha gustado el desierto. Puede uno sentarse en una duna, nada se ve, nada se oye y sin embargo, algo resplandece en el silencio...

—Lo que más embellece al desierto —dijo el principito— es el pozo que oculta en algún sitio..." (A. de Saint-Exupéry, *El Principito*)

Como Abraham, Elías parte de Berseba, deja a su sirviente, se dirige al monte Horeb, pero sólo es capaz de recorrer *un solo día de su jornada*, no le dan sus fuerzas y por eso se siente incluso peor que *los padres* que recorrieron el desierto durante cuarenta años, no vale más que ellos. Si Abraham se valió de un tamarisco para marcar el límite del pozo adquirido, pozo de su propiedad, la 'retama' es el lugar del límite hasta donde es capaz de llegar Elías. Gregorio de Nisa explicando la situación del hombre ante la zarza nos dice: *"A la desnudez espiritual sigue el conocimiento de la verdad, manifiesta por sí misma. Conocemos plenamente lo que somos cuando la mente se purifica de las ideas que tiene sobre lo que no es. En una palabra, de Dios "dependen todas las cosas" (2,24).*

**"se sentó bajo una retama. Entonces se deseó la muerte..."**

#### *Arbustos, Tamariscos, zarzas y retamas*

Es la vegetación del desierto, acogedora como una madre ante la intemperie del desierto, mojones levantados en nuestros límites —impuestos o asumidos—, como Agar que confía su hijo a la 'maternidad' y cobijo de un arbusto frente al límite de la posible muerte, Moisés contempla más allá de los límites del desierto una zarza que arde y no se consume, es capaz de cobijar paradójicamente a 'Aquel' que la puede consumir. El libro de la Sabiduría recordará como en el paso liberador de Dios los elementos pierden sus propiedades y sirven a su Creador: *"lo más extraño era que en el agua, que todo lo apaga, el fuego se encendía más, porque el universo combate en defensa de los justos (Sab 16,17).* Comenta esto San Gregorio de Nisa: *"Como si fuera un ejército a las órdenes de Moisés...: entraron todos los elementos del universo: tierra, agua, aire y fuego, cambiando sus propiedades según las disposiciones de los hombres" (Vida de Moisés, 1, 25).*

Del mundo vegetal está relacionado con la simbólica de lo femenino y materno, no es para menos que los Padres vean en el acontecimiento de la zarza ardiente una figura del misterio de la Encarnación, de la Maternidad divina de María: *"Este pasaje nos revela también el misterio de la Virgen: "luz de Dios por la cual él ha iluminado a todo el mundo. Como la zarza*



*no se consumía, así la Virgen quedó intacta en su alumbramiento; no se marchitó la flor de su virginidad”* (Gregorio de Nisa, *Vida de Moisés*, 2,21).

### *Retama*

Las realidades naturales revelan al hombre algo de la complejidad misteriosa de su existencia. ¿Qué nos dice la retama del profeta Elías? Gracias al símbolo, la experiencia individual es “despertada” y cambiada en acto espiritual. ‘Vivir’ un símbolo es descifrar correctamente el mensaje, implica la apertura hacia el Espíritu y, finalmente, el acceso al universal.

Muchos arbustos (aunque no todos) son especies de incendios, adaptados a regular los incendios que matan la tierra por encima de la capa vegetal y crear las condiciones para la regeneración de las raíces y también para la germinación de semillas localizadas en el suelo. La retama cuyo nombre procede del hebreo *rothem*, es una pequeña planta arbustiva. En algunos lugares es el único arbusto que ofrece su sombra en el desierto y constituye el mejor combustible, que arde con intenso calor. En este sentido encontramos en los Salmos la siguiente expresión: “*Con flechas afiladas de guerrero/ y con brasas de retama*” (Sal 120,4)

En el mercado de El Cairo alcanza más alto precio que cualquier otro combustible (Cf. S. Segura/J.Torres). Su tronco es muy corto, raíces profundas y largas que le permiten alcanzar fuentes de agua subterráneas que la mantengan viva durante varios años de sequía. Está provisto de numerosas ramas desde su base, de color verde, sin hojas, por lo que realizan la función de fotosíntesis: todo su ser es hambriento de luz y no pierde tiempo en generar hojas...pasa del tallo a la floración.

En realidad, todo el cosmos aparece regido por una ley de muerte y de vida, de desaparición y renacimiento. El proceso de la vegetación es desde siempre considerado como manifestación concreta de la Vida en todas sus modalidades y de la fecundidad. A este propósito escribe Eliade: “*Utilizando los ‘símbolos’ vegetales, se significa la Vida en todas sus modalidades, la naturaleza en su obra incansable y fecunda*”. Esta dimensión cíclica – la retama en la ilustración del afiche es circular- expresa la transformación del viviente que crece a través de fases alternas. En el caso de la vida espiritual, expresa la necesidad de muertes y renacimientos sucesivos. Justamente la posibilidad de semejantes renacimientos-renovaciones periódicas hace la vida menos dramática. Es la dinámica del Año Litúrgico: el círculo/ciclo anual donde volvemos a revivir los acontecimientos salvíficos de la Pascua del Señor. En el camino de la vida, necesitamos volver a re-significarla cada año en la celebración de los misterios pascales. Se une la imagen del camino y del ciclo.



De ahí la importancia de un itinerario catecumenal, como un camino de iniciación a la vida cristiana, y esto al ritmo del ciclo del Año Litúrgico.

Si en Moisés la zarza arde sin consumirse, Elías se consume, -‘arde de celo por el Señor’-, sin que arda la retama. Pero, de alguna forma misteriosa la retama protege al profeta de su propio fuego, -dijimos que es un arbusto que abate el incendio- en este caso pareciera abatir el del profeta, es un profeta de fuego, ‘*arde en celo por el Señor*’. La retama lo acoge y “sin hablar, sin pronunciar palabras, sin que se escuche su voz” (Sal 19,4), por su propio ser, lo invita a echar raíces profundas, como ella misma, en búsqueda de agua. Y a su vez lo invita visualmente a dirigirse hacia lo alto y a expandirse. En nuestra imagen, del centro de la retama se manifiesta el Ángel que despierta, y ofrece por dos veces *pan caliente y agua* al profeta. La ubicación en el centro expresa que el Dios providente está al centro del *ciclo* de Elías, de su peregrinación; y que como él mismo dice “*que en su presencia vivo*” (1Re 17,1). Una vez llegado al monte Horeb ya no será la imagen cósmica del fuego la que revele el interior del profeta sino el *eco de una brisa suave*: el profeta ha sido transformado y recreado. El elemento *aire* se expresa como eco o brisa, es decir en movimiento aéreo. Ha recobrado su estatura, su verticalidad, el arrojo de vivir contra la pesantez, de vivir “verticalmente”, como una “higiene del enderezamiento, de la elevación de la cabeza alta” (G. Bachelard). Esta *higiene* comienza ya en el capítulo 17 del 1er Libro de los Reyes cuando Dios le dice a Elías: «*Vete de aquí; encamínate hacia el Oriente (hacia la luz) y escóndete junto al torrente Querit, que está al este (al Oriente, hacia la luz) del Jordán. Beberás del torrente, y yo he mandado a los cuervos que te provean allí de alimento*». El profeta será siempre alimentado por ‘alguien’: los cuervos, la viuda de Sarepta y el Ángel: un progresión que va del mundo animal (cuervos), humano (la viuda, es decir: sin intervención de varón y con un hijo) y celestial (el Ángel), o más que una progresión una elevación. Es casi como una pedagogía del *deseo*: aprender a desear el Pan del cielo. Porque el que no asciende cae; el hombre como hombre, no puede vivir horizontalmente. Su descanso, su sueño es con la mayor frecuencia una caída’. San Agustín hablará de su propio proceso como un crecimiento para poder llegar a comer un alimento de adultos. La imagen aérea de los cuervos se une al *beber del torrente*. El salmista lo explica mejor: “*En el camino beberá del torrente, / por eso erguirá su cabeza*” (Sal. 110,7). “Abre tu boca, yo la saciaré” (Sal 81,10). El agua bautismal nos hace erguir para recibir el alimento, misterio de brisa/Espíritu y fuego.

8. En tu pan está escondido el Espíritu que no se come,  
y en tu vino reside el fuego que se bebe.

El Espíritu en tu pan, el fuego en tu vino:

¡Eminente maravilla que nuestros labios han recibido!

9. Cuando el Señor vino a la tierra hacia los mortales  
lo plasmó en una nueva creación semejante a aquella de los ángeles (2Cor 5,17),

mezcló en ellos fuego y Espíritu  
para que se convirtieran desde dentro en fuego y Espíritu.

12. Cual castigo el fuego descendió y devoró a los pecadores (Gn 19, 23-25);  
el fuego de la clemencia ha descendido y morado en el pan.  
En lugar de aquel fuego que devoraba al hombre,  
¡comiendo el fuego en el pan han recibido la vida!

13. El fuego descendió y devoró el sacrificio de Elías (1Re 18, 38);  
¡el fuego de la misericordia se ha hecho nuestro sacrificio viviente!  
El fuego devoraba el sacrificio [de Elías],  
¡pero tu Fuego, Señor, lo comemos en tu ofrenda!

14. "¿Quién ha recogido el viento en sus palmas"? (Prov. 30,4):  
ven a ver, oh Salomón, esto que ha hecho el Señor de tu padre (Sal 110,1):  
fuego y Espíritu, contrariamente a su naturaleza,  
¡le ha mezclado y derramado en las palmas de sus discípulos!

(San Efrén, Sobre la Eucaristía, *Himno sobre la Fe X*)

Elías volverá sobre sus pasos como signo de un nuevo comienzo y realizará su nueva misión. La integración del eco de la brisa suave renueva su sangre, lo prepara para un gran vuelo y ser arrebatado en un torbellino de viento en un carro de fuego (2Re,2). Éste simboliza la vocación divina de todo ser humano y la impetuosidad del deseo espiritual del hombre (Ch. A. Bernard). Elías es ahora un hombre de raíces profundas (como la retama), en expansión como las ramas del arbusto y movido por la brisa suave de las alturas. Es un árbol pronto para acoger el fuego divino. Él mismo se convertirá en una zarza ardiente. Así es el movimiento de la vida espiritual: todo movimiento de abajamiento es correlativo a aquel de elevación y plenitud. La Cruz se puede erigir verticalmente como un árbol, solamente si está sólidamente plantada en tierra; e, inversamente, penetra profundamente en tierra solamente por lanzarse más ardientemente hacia el cielo (Ch. A. Bernard).

**Pbro. Dr. Ricardo Ramos**  
Día Nacional de la Catequesis 2015  
Montevideo/Uruguay